

cil, expongo lo que me parece verosímil, ya que no sea lo verdadero.

6.—En el culto mismo de los indios se advierte alguna semejanza con las prácticas cristianas. Torquemada dice que en todo México eran iguales la religion y el culto dirigido principalmente en honor de un dios supremo, puramente espiritual y ajeno de toda materia, á quien designaban con el nombre de *Tezcatlipuca* ó *ánima del mundo*.¹ Era el criador del cielo y de la tierra, el señor del universo, por cuya providencia se gobernaban todas las cosas, cuya justicia remuneraba á cada cual segun sus obras, y en cuya esencia todos eran, vivian y se movian. Este dios invisible tenia diversos atributos que se hacian sensibles por medio de imágenes, deformes en verdad, pero profundamente significativas. Sea que el grosero vulgo convirtiese aquellas efigies en divinidades; pero la parte más culta é ilustrada se ha entendido que no era tan estúpidamente politeísta como lo aseguraron los conquistadores.

Sea lo que fuere de la naturaleza de estas divinidades subalternas, en Oaxaca no se ha encontrado casi memoria de ellas. *Tezcatlipuca* por el contrario, fué profundamente venerado por zapotecas y mixtecas, aunque no con ese nombre. En la mayor anfractuosidad de la montaña de Achiutla se elevaba el adoratorio de la principal divinidad mixteca, cuya imagen era una esmeralda de cuatro dedos de longitud, en que se veia primorosamente grabada una avecilla y una serpiente, como ya se ha dicho: este ídolo era el centro comun de que partia el complicado tejido de venas por donde afluia la vida y el aliento á los mortales. Los mexicanos llamaban al omnipotente, "vida del mundo;" los mixtecas designaban á su esmeralda con el nombre de *corazon del pueblo*, y su veneracion y culto se extendian no

¹ Torquemada, lib. 6, c. 15.

solo á una parte de Oaxaca, sino á la capital misma de los aztecas. En su templo asistia el sumo sacerdote mixteca, y allí daba sus respuestas cuando en ocasiones importantes le consultaban los orgullosos emperadores de México. Nada prueba mejor que los ídolos no eran el objeto final de las adoraciones de los indios y que sus dioses eran ménos groseros, más espirituales que esa comunidad de ideas religiosas por la que pueblos de distinto idioma y tal vez enemigos entre sí, tributaban sus homenajes á una misma divinidad designada con distinto nombre y representada con diversa forma. Esta piedra preciosa de Achiutla era, dice Herrera Perez, el verdadero *Yostaltepetl* (palabra compuesta de dos elementos: *Yottoll*, "corazon" y *Atlepetl*, "pueblo"), que se conservó entre los mexicanos y que á la vez de poner de bulto un centro de union, prueba que, como el corazon es lo más interesante de la vida animal, así en materia de religion, aquella imagen era lo más querido que tenian, no ya tratándose de la paz, sobre lo que se contaba con *Huitzilopochtli*, sino en otro sentido místico de la más fácil explicacion."¹

7.—Se ha dicho que en este adoratorio asistia el sumo sacerdote de los mixtecas: nada más parecido á las vestiduras sacerdotales de los católicos que el ropaje de que usaba el pontífice² en el desempeño solemne de sus funciones. Se revestia primero una túnica larga tejida con hilos de vario color, y en que se veian bordados ó pintados los principales sucesos de su mitología; un roquete blanco caia sobre la túnica hasta las rodillas; sobre todo se cubria con una gran capa con su borla pendiente hácia la espalda, como la pluvial de los canónigos en el coro; ceñia el bra-

¹ *Voz de México*, t. 9, n. 161.

² Los mixtecas llamaban al sumo sacerdote *Taysacaa*, de *Tay*, "hombre," y *sacaa*, "pontífice."

zo izquierdo una faja de algodón curiosamente tejida y de que pendía una borla como el manipulo que usan los sacerdotes en la misa; del cuello y de los hombros pendía otra tira de algodón que se tomaría por estola; el calzado cubría y se ataba hasta la pantorrilla, y en fin, ceñía las sienes una corona ó mitra de plumas verdes entretejidas con esmero y adornadas con algunas figurillas de los ídolos. Era más ligero el vestido que se ponían en los bailes que solían tener en los patios del templo, entonando himnos en loor de la divinidad ó contando la historia de sus dioses.¹ A estos bailes concurrían, además del sumo pontífice, otros muchos sacerdotes subalternos que servían al primero en el ejercicio de las funciones sagradas, bien cubierto el rostro y el cuerpo con almagre y cierta tinta negra que destilaba el ocote con que se pintaban.

Se conservaban además en ese tiempo cuidadosamente los archivos mixtecas en que constaban la historia del pueblo, las leyes de sus monarcas y el ceremonial de su culto. El hijo del sumo sacerdote, convertido á la fé, explicó á los dominicos un gran número de los geroglíficos pintados en aquellas viejas escrituras; pero Burgoa no ha conservado sino las noticias relativas al tiempo de probacion de los jóvenes aspirantes al sacerdocio, moradores habituales de un monasterio anexo al templo. No eran admitidos en aquel seminario sino jóvenes de immaculado corazón, puros en sus costumbres y que no hubiesen conocido mujer, en lo que eran severísimamente examinados: el castigo era espantoso cuando después de recibidos se contaminaban con una liviandad siquiera. Durante un año eran probados con el mayor rigor: se abstenerían de toda carne, de toda bebida fermentada, de todo lo que regala el paladar, limitando sus pocos alimentos al maíz tostado y algunas hierbas. De día barrían las cuadras, lavaban los vasos, limpia-

¹ Clavijero, t. 1, p. 250.—Torquemada, t. 9, c. 28.

ban las aras y asistían á los sacerdotes en los sacrificios ordinarios; en la noche velaban por turno, manteniendo vivo el fuego sagrado, y ejercitándose en largas oraciones y penitencias al pié de los altares. Su continente era humilde y su obediencia sin límites. Su principal ocupación era el estudio del ceremonial del culto, de la sumisión y rendimiento con que deberían hablar á la deidad y de las virtudes que habían de cultivar. Eran tan austeras sus costumbres, que si por el verdadero Dios se hubiera observado aquel género de vida, dice Burgoa, bien pudieran rivalizar con los Hilariones y Macarios.

Cuando llegó el marqués del Valle á Veracruz, conmovido todo el país por la extrañeza de los forasteros, el pontífice de Achiutla recibió de Moctezuma una solemne embajada, portadora de cuantiosos dones, con la petición de un solemne sacrificio al reverenciado dios de aquel lugar, para saber la suerte que estaba reservada al pueblo. Hechas las oblações y quemados los perfumes que prescribía el ritual, el sumo sacerdote penetró solo en el santuario para consultar al ídolo. El pueblo, que había quedado á la parte de afuera, oyó, entre ruido confuso de voces, el fatídico anuncio de que "había concluido el señorío de Moctezuma." Los sucesos posteriores confirmaron esta profecía.

El sacerdocio era hereditario, y el último vástago de la familia convertida al cristianismo, muy venerado por los suyos después de la conquista, dió honor por muchos años á la nueva fé, con la modestia, piedad y demás virtudes que rudimentalmente había aprendido en el seminario de Achiutla.² Fué quien dió á los religiosos dominicos estas noticias,

¹ Burgoa lo conoció. "Era, dice, un venerable viejo de gallarda disposición, talle y cara, muy ladino, devoto y notablemente avisado. Vivió y murió con opinión de ajustado. Sabía grandemente las historias de su antigüedad, diciéndolo falso que detestaba de lo verdadero de su nobleza y casa solariega, como pudiera un grande de España. Los pueblos le trataron con mucho respeto que lo merecía por su autoridad

confirmadas además por las pinturas del archivo, en cuyo conocimiento estaba muy versado.¹

8.—En el espacioso valle de Yanhuitlan habia otro adoratorio en que ofrecian sus sacrificios las mujeres y los que por cualquier impedimento no podian franquear las ásperas montañas del primero. Estaba servido por un patriarca dependiente del pontífice de Achiutla, siendo una misma la divinidad venerada en ambos lugares. En las cumbres de Chicahuaxtla habia tambien otro templo consagrado á los ídolos, aunque de ménos importancia.

Léjos de los principales centros de poblacion se abandonaban los indios á más vulgares supersticiones. Cerca de Justlahuac corre con disimulo, entre arbustos, un arroyuelo que más adelante penetra y se pierde en las tinieblas de una cueva profunda, cuya salida está á una legua de distancia. Por espacio de doscientos metros es accesible la gruta y se encuentra iluminada por los rayos solares á que da paso el enorme boqueron que sirve de entrada y que no tiene ménos de veinticinco varas de alto por seis de anchura. Las sales del agua que se filtra por las altas bóvedas han ido formando estalactitas y estalacmitas de figuras caprichosas: una de ellas es una fuente semicircular con sus peldaños y sus adornos distribuidos con regularidad: existe aún despues de doscientos años que Burgoa la describió. Otra de las figuras que se veia antiguamente era la estatua de un apóstol, con la capa sobre la cabeza, descubierto el rostro grave, las manos proporcionadas, y el conjunto como si fuese de metal vaciado. Desapareció destruida ésta por los religiosos á causa de las idolatrías de que era objeto.

A media legua de Teomastlahuac se ve un cerro de dos-

y venerable trato: hicieron grande estimacion del linaje de este Rabí que adoptó ya convertido por linaje el de Silva." Descripción geográfica, 2ª parte, c. 26.

¹ Burgoa. Desc. geog., 2ª parte, cap. 23.

cientas varas de altura, de pendiente muy rápida y erizada de peñascos en uno de sus costados. Al pié se extiende un lago cuyo diámetro apenas excede á un tiro de piedra, pero cuya profundidad es insondable. Antiguamente el lago estaba en la cumbre del cerrillo; mas las aguas se escurrieron por un conducto subterráneo, dejando en seco su lecho primitivo, visible hoy, por donde se arrojan frutos y otros cuerpos leves que flotan luego en la superficie del lago actual. Este se hace notable por dos circunstancias: la una, que está rodeado por una *tembladera*, es decir, que el suelo de sus orillas, bajo la presion de los piés, se mueve hasta cierta distancia y permanece oscilando como si estuviera sostenido por bejucos tendidos en el vacío y pendientes solo de sus extremos; la otra, que las aguas, antiguamente dulces, ahora impregnadas de azufre y sal, derramándose sin cesar por un arroyo, ni agotan los manantiales, ni disminuyen su caudal en el invierno, ni lo aumentan con las lluvias. Sin duda ninguna esta parte de la mixteca fué teatro en otro tiempo de convulsiones plutónicas y el lago es un volcan apagado en que al fuego ha sucedido el agua, como generalmente acontece. Segun las tradiciones, á los prisioneros de guerra sacrificaban en este lugar los indios, precipitándolos al lago en medio de cantos y bailes religiosos. Aun se practican ceremonias supersticiosas en ese lugar.

En las montañas de Chicahuaxtla existe otra cueva ó adoratorio de los indios, de que tuvieron noticia los primeros sacerdotes de la conquista, pero que hasta hoy no se ha podido descubrir. Tambien en Tututepec debe haber existido un gran templo, pues se ven esparcidos por allí fragmentos de ídolos gigantescos; mas solo esta huella queda de lo que fueron.

Se percibe que la religion de los mixtecas era más sencilla que la de los mexicanos. En toda la nacion no se encuentran ni la multitud de templos de Tenochtitlan, ni la multiplicidad de dioses de los aztecas. Ya hemos visto que

en Achiutla se tributaba culto á una esmeralda, imágen tal vez de aquel dios predicado por Quetzalcoatl, cuyo nombre, en sus dos elementos principales, estaba grabado en la misma piedra por los símbolos que los representaban: "Quetzalli," una avecilla, y "Cohuatl," la culebra. Veamos ahora cómo era este mismo el dios de los zapotecas y aun de los huaves.

9.—Teotitlan del Valle era la residencia del ídolo principal cuyas relaciones con el famoso Quetzalcoatl se han expuesto ya en otra parte. En Mitla levantaron los antiguos zapotecas un templo al dios representado en aquel ídolo y un suntuoso palacio que fuese la residencia de sus sacerdotes. Llamábase aquel palacio en zapoteca *Yoho-pechelichi Pezelao*, "Fortaleza de Pezelao." Pezelao es nombre compuesto de *Piezi*, "Oráculo," y *lao*, "de lo alto:" se puede interpretar, pues, el nombre completo, "Palacio del que pronuncia oráculos del cielo." El dios allí venerado era incorpóreo, pues lo designaban con el nombre *Pitao*, "comun á los espíritus;" pero no era un espíritu comun, sino superior á todos los demás y dotado de atributos que le eran exclusivos: era increado, por lo que le llamaban *Piyetao Piyexoo*; era infinito, sin principio, é inmortal, lo que expresaban llamándole *Coqui-cilla*, *Xetao Pillexao*; habia sido el criador del universo *Pitao Cozaana*; especialmente era el autor de los hombres y los peces *Uwichaana*; y por él se sostenian y gobernaban todas las criaturas, por lo que le decian *Coquiiza Chibatiya Cozaanatao*. A este espíritu supremo, cuyos atributos que tan lacónica como enérgicamente caracteriza el idioma zapoteca, estaban subordinados otros espíritus ó génius inferiores, cada uno de los cuales tenia su empleo en el régimen del mundo. *Pitao Cocobi* era el génius de la abundancia y de las mieses, y *Pitao Cociyo* el de las lluvias; *Pitao Cozaana* presidia la pesca y la caza, y *Pitao Xoo* los terremotos; tres génius, *Pitao Zey*, *Pitao Yaa* y *Pitao Pec*,

suavizaban el infortunio y las miserias, y tres, *Pitao Peczé*, *Pitao Quelli* y *Pitao Yaaye*, derramaban entre los hombres riquezas y placeres; *Pitao Pecala* era el ángel que inspiraba los sueños y *Pitao Pecci* era el génius de los auspicios.¹ En toda esta nomenclatura se ve que si los zapotecas admitian espíritus varios, se guardaban de atribuirles divinidad, pues los subordinaban al espíritu increado, al infinito sér, creador de todas las cosas, el espíritu por excelencia, *Pitao*, como ellos le llamaban. Por lo que hace á *Pezelao*, si le pertenecía el palacio espléndido de Mitla, sin duda porque él lo edificó y en otro tiempo lo habitó, en Coatlan se le encuentra ya como un morador del cielo, inmediato á la divinidad y dispensador de bienes á los hombres. Herrera cuenta² que conservaban cuidadosamente en este pueblo la momia de un cacique, preservada de la corrupcion con bálsamos y aromas, que exponian á la expectacion pública en ciertos dias del año. Daban los indios al cacique el nombre de *Petela* y aseguraban que era uno de los que se habian salvado de las aguas del diluvio. Durante cierta pestilencia que desoló aquellas comarcas, dominando ya los españoles, los indios hicieron sacrificios á *Petela*, para que por su intercesion *Pezelao* aplacase aquella enfermedad. Un vicario del lugar, Bartolomé de Pisa, teniendo noticia de los sacrificios de los indios, buscó la momia, y habiéndola encontrado, públicamente la quemó. Posteriormente, otro párroco, Estéban Ramos, sabiendo que continuaban aún los sacrificios, aprehendió á los delincuentes y los remitió procesados al obispo. *Petela* era, pues, uno de los que se habian salvado en el diluvio, acaso uno de los caudillos que habian guiado en su peregrinacion á los zapotecas y toltecas, y *Pezelao* un sumo sacerdote por cuyos labios se comunicaban á

¹ Vocabulario del P. Córdova.

² Déc. 3^a, lib. 3^o, cap. 14. Veanse tambien los estudios históricos de Carriedo.

los hombres los oráculos del cielo, el fundador de Mitla y de quien tal vez sucesivamente derivaron su autoridad los demás sumos sacerdotes zapotecas.

Los sacerdotes de los otros santuarios sembrados en número muy escaso en el país, estaban subordinados á éste. Es cosa singular que los zapotecas y los huaves, separados entre sí por la distancia, el idioma y los respectivos intereses, y que se acercaron poco ántes de la venida de los españoles solo para combatirse mutuamente, hayan adorado sin embargo á un mismo dios. Cuando los huaves fueron vencidos por los zapotecas, en las llanuras de Tehuantepec, se retiraron á un islote de formación volcánica que descuella sobre las agitadas aguas de la laguna de San Dionisio. El clima los diezmaba, y los mantenimientos, reducidos á los productos de la pesca, eran mezquinos: la existencia se pasaba miserablemente; sin embargo, allí permanecieron con obstinación encerrados sin mezclarse con sus vencedores. En una cueva levantaron el altar de su divinidad predilecta, y ante ella, el sacerdote, revestido con una túnica de algodón, semejante al alba, y ceñida la cabeza con una corona de plumas parecida á la que usaban los mixtecas, rodeado del pueblo hacia sus preces y ofrecía sus sacrificios. Lo raro es, repito, que á esta misma cueva vinieran á postrarse reverentes los dominadores zapotecas y que consultasen en sus dudas y necesidades á esos mismos sacerdotes, como ya hemos visto que lo hizo el rey de Tehuantepec con ocasión de saber la significación de una antigua estatua. La divinidad era llamada "Corazón ó alma del pueblo:"¹ los indios estaban persuadidos que era el Atlante que sustentaba sobre sus hombros el orbe, de tal suerte, que cuando aquella se movía, el mundo era sacudido con extraños temblores.

¹ En huave se llama el dios "Manyi," "y" es la letra que más se aproxima al sonido de los indios: la laguna se llama *Tileme*, "laguna sin fin."

El sacerdocio era hereditario y seguía la línea recta de consanguinidad.

Por el año de 1609 se descubrió otro objeto venerado por los tehuantepecanos, aunque no parece que le hayan dado el culto de latría propio del Sér Supremo, sino más bien aquel que se tributó á los héroes de bondad y de virtud. Un pastor extraviado encontró en la cumbre de un montecillo una espaciosa plazuela bien barrida, en cuyo centro, varias piedras planas, apoyándose por sus extremos las unas en las otras, hacían un hueco en que se hallaba depositada otra piedra blanca y esférica, groseramente perforada. La miraba el pastor tomándola en las manos, cuando le dió voces un indio anciano que salió de los matorrales, advirtiéndole que profanaba con su contacto aquel sagrado objeto, delito que no dejaría el cielo impune.¹

El acontecimiento hizo ruido y los tribunales se ocuparon de conocerlo. Los indios explicaban su origen de este modo: Al dar el rey de Teozapotlan á su hijo la corona de Tehuantepec, le recomendó juntamente que retuviera en sus Estados y proveyera al bienestar de una de sus hijas llamada *Pinopiáá*. Era ésta una doncella pura y honesta en extremo, devota de los dioses y á quien respetaban como santa los pueblos. Llegando esta vírgen á Jalapa se sintió herida por una enfermedad mortal. Cuando murió, en torno del féretro se reunieron todos los caciques y señores para llorar la pérdida prematura de la jóven amada del cielo y bienhechora de los hombres. Se preparaban ya á darle honrosa sepultura, cuando repentinamente desapareció el cadáver, trasformándose con estruendo en una esfera de piedra destinada por los dioses á recibir el culto de los suyos. Había memoria de castigos ejemplares fulminados por el cielo contra los irrespetuosos que sin venerarla se acercaban á ella.²

¹ Burgoa, 1ª parte. cap. 58.—² Idem idem, cap. 71.